

PARTE II
LENGUAJES

La crueldad en Colombia

*Mónica Zuleta Pardo**

Este texto trata sobre los hallazgos de una investigación que examinó los juicios contenidos en la literatura documental relativa a la guerra campesina en Colombia, a sus antecedentes y consecuencias; guerra que tuvo lugar entre partidarios liberales y conservadores —y en ocasiones ciertos comunistas—, en las décadas de los cincuenta y sesenta del siglo pasado, llamadas “la violencia”. La literatura consultada fue la de mayor difusión que se publicó entre los años treinta y noventa, en libros, revistas y periódicos colombianos y extranjeros (Zuleta, 2009, 2010a, 2010b, 2011).

En cuanto fue de carácter campesino, la violencia generó un amplio interés por entender sus motivaciones. Ha sido, tal vez, la más documentada de las varias confrontaciones armadas que ha sobrellevado Colombia. Entre otras cosas, demarcó rutas para el florecimiento de las ciencias sociales;

* Investigadora del Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos de la Universidad Central de Bogotá (IESCO-UC). Coordinadora del grupo de investigación “Socialización y Violencia”, cuyo objeto es la pregunta por la moral en función de las prácticas de obediencia y desobediencia a las que da lugar, en ámbitos institucionales, populares y marginales, y cuyo tema es el conflicto armado colombiano y las maneras como impregna el pensamiento, la estética y el conocimiento. Es psicóloga de la Universidad de los Andes, especialista en Investigación Cualitativa de la Universidad Pedagógica Nacional, magíster en Sociología de la Universidad de Denver, magíster en Filosofía de la Universidad Nacional de Colombia y doctora en Historia de la Universidad Nacional de Colombia. Correo electrónico: mzuletaz@ucentral.edu.co

motivó a que políticos, diplomáticos, técnicos y científicos extranjeros, especialmente anglosajones, se interesaran en examinar la política nativa; y estimuló el desarrollo profesional de disciplinas como la sociología, la economía y la historia.

Fue además síntoma de las costumbres políticas, sociales y económicas que, hasta corrida la segunda mitad del siglo anterior, estaban amarradas al bipartidismo que mantenía divididos a los nacionales en liberales, conservadores o en una minoría comunista. Ofrecía además su membrecía, amén de pertenecer a la Iglesia Católica, como única opción de identidad: ser colombiano significaba ser católico y miembro de uno de los partidos y odiar hasta la muerte a los que pertenecían a otro.

Por sus connotaciones, la violencia no ha contado, hasta la fecha, con explicaciones consensuadas, sino con verdades enfrentadas que reviven el bipartidismo. Cuando las explicaciones responsabilizan a un grupo, sus miembros o sus herederos las tachan como “amañadas” y “maquinadas”, y tildan a sus autores como “farsantes”. El estudio quiso aprovechar la naturaleza controversial de los análisis de ese episodio como un medio para entender nuestras costumbres morales y nuestros mecanismos de construcción de lo verdadero.

El examen mostró que si bien hay divergencias en las causas atribuidas a la Violencia, hay coincidencias importantes tanto explícitas como implícitas sobre la realidad. Me detengo ahora en las coincidencias explícitas.

Casi todos los autores –que no son campesinos sino dirigentes y militantes– o intelectuales concuerdan al calificar esta confrontación como de carácter “bárbaro”; entienden además como “barbarie” no la guerra ni la violencia, sino una de las consecuencias “naturales” que ocasiona la fractura entre los sectores populares y las dirigencias de partidos u organizaciones políticas. Esto lleva a que dichos sectores actúen por iniciativa propia y sin la tutela de las autoridades. Califican entonces a los campesinos como “bárbaros”, le imputan a su mundo la propiedad de la “barbarie” y se proponen intervenir ese mundo para “civilizarlo” o, si no es posible, ignorarlo y mantenerlo

subordinado. A continuación analizo con detalle estos juicios basándome en la cronología de su emisión.

Civilización y barbarie: literatura publicada entre 1930 y 1953

Los comentaristas de estos años, en su mayoría dirigentes o funcionarios del Estado, entienden la violencia como un acontecimiento imprevisto, de naturaleza amenazante, en el que aparece el “pueblo”. Explican esa irrupción como la consecuencia del giro de la política mundial de entonces, donde fuerzas enemigas internas como el liberalismo radical o el conservatismo extremo, que consideran de carácter “bárbaro”, se alían con fuerzas enemigas externas comunistas o fascistas que juzgan como del mismo carácter (Arciniegas, 1952; Azula, 1956; Canal, 1949; Cuevas, 1948; Díaz, 1948; Estrada, 1948; Fandiño, 1949; Fernández de Soto, 1951; Forero, 1949; Gaitán, 1924; García, 1955; Gómez Castro, 1939; Lleras Camargo, 1944; Lleras Restrepo, 1955; López de Mesa, 1934; Manrique, 1948; Morales, 1948; Nieto, 1941; Orrego, 1949; Osorio, 1943; Ospina, 1974; Plaza, 1949; Torres, s.f.; Villegas, 1937).

Los autores comparten la convicción de que cualquiera que se les enfrente y ponga en riesgo su estatus es “bárbaro” y porta la maldad del victimario. Califican a los campesinos como “victimarios bárbaros”. Asumen que su “orden”, al que asimilan a la “civilización”, está a merced de tales victimarios y, entonces, en cuanto se consideran como guardianes legítimos del mantenimiento de ese orden, justifican y promueven el despliegue de fuerzas armadas (militares y policiales, estatales y privadas, y cívicas), para contener el “desorden” y salvaguardar la “civilización”.

Estado derrocado: literatura publicada entre 1954 y 1974

La literatura de este momento manifiesta el rompimiento de la alianza entre políticos e intelectuales, que se expresa en distanciamientos tanto respecto a las explicaciones usuales sobre las causas de la violencia, como respecto a los papeles asignados ordinariamente a la política tradicional y a las instituciones estatales. Los escritores, en su mayoría científicos-técnicos, al tomar partido por las luchas populares, ponen en jaque el pacto de civilidad en el que se sostienen hasta entonces las apreciaciones sobre la legitimidad del Estado y la ilegitimidad de la guerra campesina (Arrubla, 1964; Beyer, 1961; Blasier, 1966; Buenaventura, 1958; Bushnell, 1995; Child, 1957; Comisión del Comité Central del Partido Comunista, 1973; Fals-Borda, 1967; Fluharty, 1987; Franco, 1986; Guillén, 1963; Guzmán et ál., 1962; Hobsbawm, 1968; Martz, 1965; Mesa, 1956; Molina, 1960; Moncada, 1963; Montaña, 1963; Pérez, 1962; Pineda, 1960; Posada, 1968; Smith, 1959; Sierra, 1954; Torres Restrepo, 1963; Vásquez, 1954; Viera y Romero, 1958; Williamson, 1965).

La ruptura con la política tradicional descansa en esta ambivalencia: los autores aprecian como injustas las acciones políticas de los dirigentes en contra de los campesinos, pero como justas las creencias de las élites en la “barbarie” popular. Cristalizan esa ambivalencia en la convicción de que, aunque es menester transformar el Estado incluso de manera revolucionaria y por la lucha armada, para dirigir esa hazaña se requieren líderes “civilizados”. Juzgan que el “pueblo” tiene una facha “irracional” que es menester convertir en “racional”, y se proponen instruir al “pueblo” para reconocerlo como actor político y aliado. Se adjudican, pues, las funciones de convertir al “pueblo” en contrincante legítimo de los líderes políticos tradicionales y de dirigir su confrontación.

Conforman, no obstante, una relación distinta a lo planeado con los combatientes, consistente en donaciones no previstas de virtudes ilustradas y guerreras. A medida que se va extendiendo la creencia en que la revolución

es el único camino para transformar el país, las donaciones de virtudes guerreras se hacen más potentes y debilitan el propósito de instruir al “irracional”. ¡Los roles acaban confundándose: ilustrados devienen combatientes y combatientes devienen ilustrados!

Estado revivido: literatura publicada entre 1974 y 1989

La literatura analizada, de carácter científico, expresa un viraje referido a la necesidad de dar respuesta al problema de si aceptar o no las armas como modo legítimo de hacer política. Sobresale una respuesta en la que los autores dejan de creer en que el Estado resulte de intenciones voluntarias de grupos e individuos, para creer en que en cambio de una causa, el Estado es una consecuencia de otro “fenómeno” que denominan “sistema nacional”. Entienden este último como la cristalización particular nacional de un conjunto de fuerzas “invisibles” que actúa de acuerdo con direcciones mundiales timoneadas “autónomamente” por la economía de mercados y sin comandancia humana (Arocha, 1979; Bejarano, 1983; Bergquist, 1995; Caballero, 1976; Colectivo Proletarización, 1975; Fajardo, 1984; Henderson, 1985; Jaramillo, 1982; Medina, 1980; Merchán, 1975; Oquist, 1978; Ortiz, 1985; Palacios, 2002; Pecaute, 1987; Sánchez y Meertens, 1983; Sánchez, 1987; Schmidt, 1974; Urrutia, 1969; Zuleta, 1975).

Mientras los estudios tratan sobre los mecanismos y dinanismos de esas fuerzas económicas e invisibles, sus autores van perdiendo la fe en su poder para transformar el Estado. Se convencen de que la revolución armada fracasó y de que la función del científico social es colaborar con los gobiernos para forjar una sociedad “pacífica” y “ordenada”.

Cambian las explicaciones y aseguran que este periodo fue un signo de una violencia endémica del país, que consideran una enfermedad infecciosa como consecuencia del “desorden” social, que se extiende como las epidemias. Proponen como remedio “ordenar” lo social a través de políticas públicas encaminadas a incrementar el impacto de la acción estatal.

Se convierten, pues, en asesores del Estado, y como sus antecesores de los treinta usan el conocimiento para acercar a Colombia a las rutas seguidas por el “orden civilizado”.

Respecto a las coincidencias implícitas, el análisis revela que los autores “naturalizan” la crueldad y usan la técnica de “simular lo verdadero” para tratar la realidad de la que se ocupan.

Naturalizar la crueldad

Esta propiedad se manifiesta de varias maneras y consiste en la naturalización de comportamientos crueles perpetrados por quienes juegan papeles de fuerte sobre quienes cumplen papeles de débiles, independientemente de la adscripción política de sus ejecutores.

Dicha naturalización se refleja en ausencia de condenas entre “amigos” y en sobreabundancia de condenas entre “enemigos”, lo que constituye prácticas violentas. Por ejemplo: 1. Contra poblaciones desarmadas: entre “amigos” justifican, uno, la expulsión por la fuerza de los habitantes de un territorio; dos, la práctica de “experimentos” sobre grupos inermes, que alteran drásticamente sus condiciones de vida; tres, el ejercicio de la crueldad sobre ancianos, mujeres y niños; cuatro, las masacres de integrantes de pueblos indígenas y negros; quinto, las masacres de familias y la expropiación de sus tierras y bienes. 2. En relación con la organización guerrera: entre “amigos” legitiman, uno, que se arme a civiles para estimularlos a expulsar a los residentes de un lugar y a adueñarse de sus tierras y bienes; dos, la colonización mediante civiles armados; tres, las autodefensas; cuatro, el empleo del ejército y la policía estatales para la defensa de intereses privados; cinco, la expulsión de asentamientos mediante bombardeos indiscriminados del ejército; seis, la conformación de policías privadas. 3. En relación con los dirigentes políticos: la literatura admite entre “amigos”, uno, el que dirigentes anden armados y disparen por sorpresa; dos, el que organicen grupos armados, guerrillas y bandas de asesinos; tres, el que

armen escuadrones de civiles para su vigilancia; cuatro, el que propicien la muerte de quienes consideran como enemigos.

También se manifiesta en una abundancia de descripciones crueles y sangrientas usadas como “adorno” literario de los hechos de guerra que se revelan, sin que los escritores lo disimulen, minimicen o sientan ante ellos rabia, repulsión o vergüenza; por el contrario, cuando un autor pretende recalcar lo equivocado que está un enemigo, ilustra la narración con esos actos crueles, pero no para condenarlos por sí mismos, sino para condenar que los haya cometido un contrincante político; o bien, se burla de los escritores que los sancionan con apelativos como “débil” o “sentimental”.

La naturalización se presenta igualmente en ambivalencias respecto a las aspiraciones de los autores sobre la realidad: comparten el deseo de que Colombia alcance lo que juzgan como “progreso”, “desarrollo”, “modernización” o “civilización”, y admiran realidades ajenas y se avergüenzan de la propia. Sin embargo, al mismo tiempo, los escritores se muestran satisfechos con el lugar social que ocupan y la situación que viven; por otro lado, usan un lenguaje cortés para alabar lo que entienden como “democracia”, pero impelen a la justicia privada y a otras prácticas de carácter violento. Acompañando el propósito de alcanzar ideales como justicia, igualdad y fraternidad, exteriorizan sentimientos de complacencia por situaciones de injusticia, desigualdad y guerra; o, a la par con la aceptación de la función “objetiva” de conocer, enrumban el conocimiento hacia otros fines como adular y reverenciar personas más poderosas, que ocupan posiciones sociales más altas o gozan de mayor prestigio.

Por último, esta naturalización de la crueldad se manifiesta en la preferencia de los autores por órdenes sociales regulados por la amistad y la enemistad: los juicios sobre los comportamientos no están sustentados en códigos desprendidos del derecho, sino en códigos surgidos de cofradías y hermandades tipo amigo-enemigo. Además consideran que las leyes son

modificables a capricho y que su aplicación es circunstancial y depende de los grados de amistad que ostenten los que las incumplen.

Simular lo verdadero

La investigación también halló una cualidad de los escritos, referida al uso de una técnica de simulación para establecer lo verdadero que impregna el conocimiento científico.

Entre los treinta y los cincuenta, los autores, en su mayoría miembros de partidos y grupos políticos, escriben con el fin de preservar sus privilegios individuales y de mantener la armonía con las consideraciones de las dirigencias de sus grupos. “Ciegos”, “sordos” y “mudos” ante la realidad que contemplan, muestran en sus escritos lo que dichas dirigencias quieren ver. Salvo unas pocas excepciones, estiman como factible el “progreso” del país, porque la ilusión de “realidad” que describen les indica que este progreso cuenta con los elementos necesarios para alcanzarlo, pero recomiendan que lo dirija solo la gente que según ellos porta el derecho a gobernar, es decir, las élites. Dichos escritores se achacan entre facciones la responsabilidad de los problemas, que se explican como consecuencias de liderazgos desafortunados de los contrincantes.

Entre los sesenta y mediados de los setenta, los escritos evidencian el auge de la política de desarrollo y el propósito de seguir caminos técnicos para producir lo “verdadero” (Zuleta y Sánchez, 2007, 2009, 2010). Los autores van detrás de las pistas esparcidas por los hallazgos de informes técnicos, encargados por los gobiernos y el sector privado a equipos de expertos extranjeros, como parte del cumplimiento de los requisitos de empréstitos para inversión exigidos por la banca privada y multilateral. Es cuando aparece la “realidad social” como “fenómeno” para observar. Los autores se ordenan alrededor de dos tendencias, ambas desarrollistas: una “objetiva” y otra “comprometida”. Los que se sitúan en el extremo más “objetivo” entienden la realidad como “desigual” y como consecuencia del “atraso”, y se

dedican a descifrar sus causas, con el ánimo de encontrar los obstáculos que de acuerdo con sus evaluaciones impiden que el país “avance”. Los que se acomodan en el extremo más “comprometido” califican la realidad como “injusta” y la explican como “problema estructural”; sus estudios se encaminan a hallar soluciones revolucionarias que permitan rearmar la estructura del país por vía de la “justicia”. El entrecruzamiento de los extremos despierta el “habla”, el “oído” y el “ojo” científico adormecido, y facilita que fluya la actividad de producir conocimiento; conforma un campo de estudios autónomo sobre “la realidad social”, compuesto por varias vertientes y que se desamarra de compromisos con la política tradicional.

Empero el propósito de observar la realidad y autonomizarse, la producción de conocimiento sigue gobernada por la práctica de simular lo verdadero. La neutralidad del extremo más “objetivo” esconde preferencias por los intereses de los dominadores, que se revelan en la subordinación a las lógicas contenidas en las categorías con las que esta se cobija: sus científicos reconocen la “realidad” a través de a priori y categorías abstractas que siguen las demandas de la estadística modernizadora con la que se pretende instalar el desarrollo. Por otro lado, el conocimiento que producen desestima las realidades nacionales y latinoamericanas como “subdesarrollo”. El compromiso del otro extremo esconde un intelectualismo y una militancia que lleva a sus científicos a “ver”, “oír” y “hablar” de la realidad tal y como la muestran sus consignas, a fundamentarse en nociones de carácter abstracto, a subordinarse a juicios como “precapitalismo” o “pequeño-burgués” con los que explican los procesos populares, y a negar y despreciar la realidad, al tomar como dogmas las proposiciones contenidas en los proyectos intelectuales en los que se escudan.

Entre los setenta y noventa y después de varios conflictos, el campo de estudios termina dominado por el extremo más “objetivo”. Sus científicos recomponen los antiguos amarres con las élites y recobran su anterior posición de privilegio, esto es, reemprenden la práctica de simular y rearmar las explicaciones sobre el “progreso” de sus colegas de los años treinta. Ahora

observan como realidad imágenes delineadas por expertos, economistas, administradores, financistas y empresarios nacionales e internacionales asociados con políticos tradicionales. Se convierten en asesores gubernamentales, de la empresa privada y de organizaciones no gubernamentales nacionales e internacionales. Finalmente, en aras de empujar al país hacia sus aspiraciones, que entienden como “crecimiento”, promueven y aprueban intervenciones técnicas, sugeridas por gobiernos y sectores dominantes, muchas de ellas manifiestamente crueles.

El estudio de las excepciones, entendidas como aquello que no puede explicarse por las teorizaciones generales, en tanto no es posible introducirlas en dichos modelos o paradigmas, puede dar luces para comprender, por una parte, las particularidades de un pueblo, pero también, por otra, los casos específicos que pueden conducir a teorizaciones sobre lo particular, siempre y cuando cada uno se considere en sí mismo y se compare con su diferencia, dejando de lado los análisis deductivos que comparan en función de categorías abstractas y jerarquizadas.

Las excepciones son síntoma de que el mundo está compuesto de multiplicidades, así sean ocultadas por las pocas direcciones predominantes, como, por ejemplo, el neoliberalismo, el comunismo, el anticomunismo, Occidente, Oriente, etc. Analizarlas da vía libre a la manifestación de lo plural y es prueba de que las diferencias entre pueblos sobreviven, a pesar de las acciones que se realizan para anularlas y esconderlas. No obstante, el que haya excepciones no implica que haya mundos “más” buenos o “mejores” que los que dominan abiertamente; más bien supone que la dominancia no es total y que persisten otros mundos tan buenos y tan malos como el que domina, a pesar de la intención mayoritaria de destruirlos.

Este análisis es un intento, apenas iniciado, de construir una interpretación sobre la excepción. Hace referencia a las costumbres morales que gobernaron la emisión de juicios respecto a lo considerado bueno o malo en el dominio de la política por élites políticas, sociales y económicas, durante

el siglo pasado en el país. Justamente, esas costumbres evidencian el predominio de la crueldad como ejercicio de la política y el de la simulación como procedimiento para construir lo verdadero. La condena a la “barbarie” –atributo otorgado por los escritores a los sectores sociales carentes de derechos de ciudadanía y de tierra como una propiedad inherente a su esencia– no solo marca con un sello especial los significados de los valores de lo permitido y lo prohibido, sino que además fundamenta el deseo común implícito de marginar y subordinar a amplias franjas de la sociedad.

Referencias

- Arciniegas, G. (1952). *The State of Latin America*. Nueva York: Alfred A. Knopf.
- Arocha, J. (1979). *La violencia en el Quindío*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Arrubla, M. (1964). Análisis estructural de la economía colombiana. *Estrategia*, 3, 1-74. Bogotá.
- Azula, R. (1956). *De la revolución al orden nuevo*. Bogotá: Kelly.
- Bejarano, J. A. (1983). Campesinado, luchas agrarias e historia social: notas para un balance historiográfico. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, 11, 251-304.
- Bergquist, C. W. (1995). Los trabajadores del sector cafetero y la suerte del movimiento obrero en Colombia (1920-1940). En Sánchez, G. y Peñaranda, R. (Eds.). *Pasado y presente de la violencia en Colombia* (pp. 152-206). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia - Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales.
- Beyer, R. (1961). Land distribution and tenure in Colombia. *Journal of Inter-American Studies*, 2(3), 281-290.

- Buenaventura, N. (1958). Las luchas por la tierras y la reforma agraria. *Documentos Políticos*, 12, 17-22.
- Bushnell, D. (1995). Políticas y partidos en el siglo XIX, algunos antecedentes históricos. En Sánchez, G. y Peñaranda, R. (Eds.). *Pasado y presente de la violencia en Colombia* (pp. 344-371). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia - Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales.
- Caballero, A. (1976). Violencia y estructura agraria. *Estudios Marxistas*, 12, 3-29.
- Canal, G. (1949). *Nueve de abril*. Bogotá: Cahur.
- Child, J. (1957). Guadalupe Salcedo. *Mito*, 14, 136-140.
- Colectivo Proletarización (1975, 8 de junio). ¿De dónde venimos, hacia dónde vamos, hacia dónde debemos ir? Medellín.
- Comisión del Comité Central del Partido Comunista (1973). *Treinta años de lucha del Partido Comunista en Colombia*. Medellín: La Pulga.
- Cuevas, F. (1948). The Bogotá Conference and recent developments in Panamerican relations: a Mexican point of view. *International Affairs*, 4(24), 524-533.
- Estrada, J. (1948). *El 9 de abril en Palacio*. Bogotá: Cahur.
- Fajardo, D. (1984). *Haciendas, campesinos y políticas agrarias en Colombia, 1920-1980*. Bogotá: Centro de Investigaciones para el Desarrollo - Universidad Nacional de Colombia.
- Fals-Borda, O. (1967). *La subversión en Colombia: visión del cambio social en la historia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Sociología.

- Fandiño, F. (1949). *La penetración soviética en América Latina y el 9 de abril*. Bogotá: ABC.
- Fernández de Soto, M. (1951). *Una revolución en Colombia, Jorge Eliécer Gaitán y Mariano Ospina Pérez*. Madrid: Cultura Hispánica.
- Fluhart, L. (1987). *La danza de los millones: régimen militar y revolución social en Colombia (1930-1956)*. Bogotá: El Áncora.
- Forero, A. (1949, 24 de abril). Gaitán. *Sábado*, 248, 1-5.
- Franco, E. (1986). *Las guerrillas del Llano*. Bogotá: Círculo de Lectores.
- Gaitán, J. E. (1924). *Las ideas socialistas en Colombia*. Bogotá: Minerva.
- García, A. (1955). *Gaitán y el problema de la revolución colombiana*. Bogotá: Artes Gráficas.
- Gilhodés, P. (1988). *Las luchas agrarias en Colombia*. Medellín: La Carreta.
- Gómez, L. (1939). *El cuadrilátero*. Bogotá: Editorial Central.
- Guillén, F. (1963). *Raíz y futuro de la revolución*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Guzmán, G., Fals-Borda, O. y Umaña, E. (1962). *La violencia en Colombia* (vol. I). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Henderson, J. (1985). *Cuando Colombia se desangró*. Bogotá: El Áncora.
- Hobsbawm, E. (1968). *Rebeldes y primitivos*. Ariel: Barcelona.
- Jaramillo, J. (1982). Introducción. En Jaramillo, J. et ál. *Manual de historia de Colombia* (vol. I). Bogotá: Procultura.
- Lleras, C. (1944, 22 de enero). La nación y su ejército. *Sábado*, 28, 1-5.
- Lleras, C. (1955). *De la república a la dictadura*. Bogotá: Argra.

- López de Mesa, L. (1934). *Cómo se ha formado la nación colombiana*. Bogotá: Bedout.
- Manrique, R. (1948). *A sangre y fuego*. Barranquilla: Librería Nacional.
- Martz, J. (1965). Urban and rural factors in contemporary Latin American violence. *The Western Political Quarterly*, 6, 36-37.
- Medina, M. (1980). *Historia del Partido Comunista de Colombia* (vol. I). Bogotá: Centro de Estudios e Investigaciones Sociales.
- Merchán, V. J. (1975). Datos para la historia social, económica y del movimiento agrario de Viotá y del Tequendama. *Estudios Marxistas*, 9, 105-116.
- Mesa, D. (1956). Las guerrillas del Llano. *Mito*, 8, 136-143.
- Molina, G. (1960). La izquierda en Colombia. *Mito*, 33, 158-165.
- Moncada, A. (1963). *Un aspecto de la violencia*. Bogotá: Promotora Colombiana de Ediciones y Revistas.
- Montaña, D. (1963). *Colombia: país formal y país real*. Bogotá: Platina.
- Morales, O. (1948, 3 de julio). Jorge Eliécer Gaitán. *Sábado*, 258, 1-12.
- Nieto, L. E. (1941). *Economía y cultura en la historia de Colombia*. Bogotá: Librería Siglo XX.
- Oquist, P. (1978). *Violencia, conflicto y política en Colombia*. Bogotá: Instituto de Estudios Colombianos - Biblioteca Banco Popular.
- Orrego, G. (1949). *El 9 de abril fuera de Palacio*. Bogotá: Patria.
- Ortiz, C. M. (1985). *Estado y subversión en Colombia. La violencia en el Quindío años 50*. Bogotá: Universidad de los Andes, Centro Interdisciplinario de Estudios sobre el Desarrollo.
- Osorio, L. E. (1943, 24 de julio). Laureano Gómez. *Sábado*, 2, 1-11.

- Ospina, L. (1974). *Industria y protección en Colombia, 1810-1930*. Medellín: Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales.
- Palacios, M. (2002). *El café en Colombia, 1850-1970*. Bogotá: Universidad de los Andes - Planeta.
- Pecaut, D. (1987). *Orden y violencia* (vols. I y II). Bogotá: Siglo XXI.
- Pérez, G. (1962). *El campesino colombiano: un problema de estructura*. Bogotá: Oficina Internacional de Investigaciones Sociales.
- Pineda, R. (1960). *El impacto de la violencia en el Tolima*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Sociología.
- Plaza, H. (1949). *La noche roja en Bogotá*. Buenos Aires.
- Posada, F. (1968). *Colombia: violencia y subdesarrollo*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Sánchez, G. (1987). Presentación. En Sánchez, G. et ál. *Informe Colombia: violencia y democracia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia - Comisión de Estudios Sobre Violencia.
- Sánchez, G. y Meertens, D. (1983). *Bandoleros, gamonales y campesinos*. Bogotá: El Áncora.
- Schmidt, S. (1974). The violencia revisited. The clientelist bases of political violence in Colombia. *Journal of Latin American Studies*, 1(6), 97-111.
- Sierra, G. (1954). *Las guerrillas de los Llanos Orientales*. Manizales.
- Smith, L. (1959). *Sociología rural: la comunidad y la reforma agraria*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Departamento de Sociología.
- Torres, I. (s.f.). *Los inconformes, historia de la rebeldía de las masas en Colombia* (vols. IV y V). Bogotá: Latina.
- Torres Restrepo, C. (1963). La violencia y los cambios socioculturales en las áreas rurales colombianas. *Memoria del I Congreso Nacional de Sociología*. Bogotá: Asociación Colombiana de Sociología.

- Urrutia, M. (1969). *Historia del sindicalismo en Colombia*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Vásquez, J. (1954). *Guerrilleros, buenos días*. Bogotá: Siglo XX.
- Vieira, G. y Romero, A. (1958). El problema de la violencia. *Documentos Políticos*, 11, 7-17.
- Villegas, S. (1937). *No hay enemigos a la derecha*. Manizales: Arturo Zapata.
- Williamson, R. (1965). Toward a theory of political violence: the case of rural Colombia. *The Western Political Quarterly*, 1(18), 35-44.
- Zuleta, E. (1975). *La tierra en Colombia*. Bogotá: Oveja Negra.
- Zuleta, M. (2009). El mundo enigmático de la moral: una hermenéutica sobre el saber producido alrededor de la guerra en Colombia. *Nómadas*, 31, 30-40. Bogotá.
- Zuleta, M. (2010). La moral cruel. *Nómadas*, 33, 20-30. Bogotá.
- Zuleta, M. (2011). *¿Puedo entrar? Interpretaciones de la moral letrada sobre la voluntad popular*. Bogotá: Universidad Central - Siglo del Hombre.
- Zuleta, M. y Sánchez, A. (2007). La batalla por el pensamiento propio en Colombia. *Nómadas*, 27, 80-92. Bogotá: Universidad Central, Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos.
- Zuleta, M. y Sánchez, A. (2009). Aspectos del devenir militante del revolucionario colombiano durante los setenta. *Nómadas*, 30, 36-47. Bogotá.
- Zuleta, M. y Sánchez, A. (2010). Revolucionarios, pastores y místicos. En Okión, V. y Urrego, M. Á. (Eds.). *Violencia y sociedad. Un hito en la historia de las izquierdas en América Latina* (pp. 430-445). México: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo - Universidad Nacional Autónoma de México.